

libros para soñar



• BONIFACE OFOGO • ELISA ARGUILÉ •

EL LEÓN KANDINGA

k



# EL LEÓN KANDINGA

• BONIFACE OFOGO • ELISA ARGUILÉ •

kalandraka

ISBN 978-84-92608-01-0



9 788492 608010



Colección libros para soñar

© del texto: Boniface Ofogo, 2009

© de las ilustraciones: Elisa Arguilé, 2009

© de esta edición: Kalandraka Ediciones Andalucía, 2009

Avión Cuatro Vientos, 7 - 41013 Sevilla

Telefax: 954 095 558

andalucia@kalandraka.com

www.kalandraka.com

Impreso en C/A Gráfica

Primera edición: marzo, 2009

ISBN: 978-84-92608-01-0

DL: SE-500-2009

Reservados todos los derechos

# EL LEÓN KANDINGA

• BONIFACE OFOGO • ELISA ARGUILÉ •

kalandraka



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Había una vez, hace muchos años, un león llamado Kandinga.

Era el león más poderoso y también el más malvado.

Su maldad era tal que no dudaba en devorar a sus amigos para saciar el hambre.

Por eso acabó solo.

Sus amigos, su mujer y sus hijos le abandonaron.



Un día, Kandinga estaba durmiendo a la sombra de un baobab, cuando se presentó la liebre y, al observar el lamentable aspecto del león, le dijo:

–¿Qué te pasa, amigo Kandinga? ¡Estás muy triste y flaco!

–Sí, tienes razón. Llevo dos semanas sin comer nada –contestó el león.

–¡Qué raro! –replicó la liebre–. Tú eres el rey de toda la jungla. No entiendo por qué te falta comida.

–Es verdad –le contestó Kandinga, halagado–. Pero... con mi mala fama, cada vez que me ven los antílopes, salen corriendo. Ya no soy el veloz cazador que fui en mi juventud; ahora soy un viejo león, sarnoso y con reuma, y ya no puedo correr como antes...

–No te preocupes, Kandinga –le tranquilizó la astuta liebre–. Si quieres, yo te puedo ayudar a cazar. Traeré a tu lado todos los animales que desees. Solo tendrás que cazar dos o tres de ellos y nos sobrará comida. Pero me tienes que prometer la mitad de la carne que obtengas. Esta es la condición para que te ayude.





El león se enfureció al oír  
aquellas fantasías sobre la carne y los animales,  
emitió un atronador rugido de indignación y le dijo:

–¿Te ríes de mí? Me hablas de la carne, de los animales... ¡Pero si tú eres herbívora!

¿Cómo vas a conseguir que vengan los animales hasta aquí, si no tienes fuerza?

–La fuerza bruta, amigo Kandinga, no sirve de nada si no usas la cabeza. Tengo un plan

–le aseguró la liebre–. Escucha: podemos hacer un gran hoyo en el suelo. Te meterás en él.

Te taparé con hojas y con ramas, pero dejaré fuera tu boca. Y cuando vengan los animales,  
te avisaré gritando tu nombre y podrás atraparlos.

Convencido de la eficacia del plan, el león dio su consentimiento y juntos

cavaron un hoyo profundo, al que saltó Kandinga. La liebre le tapó

con mucho cuidado, dejando fuera su boca y sus colmillos.

A continuación, se retiró sigilosamente.

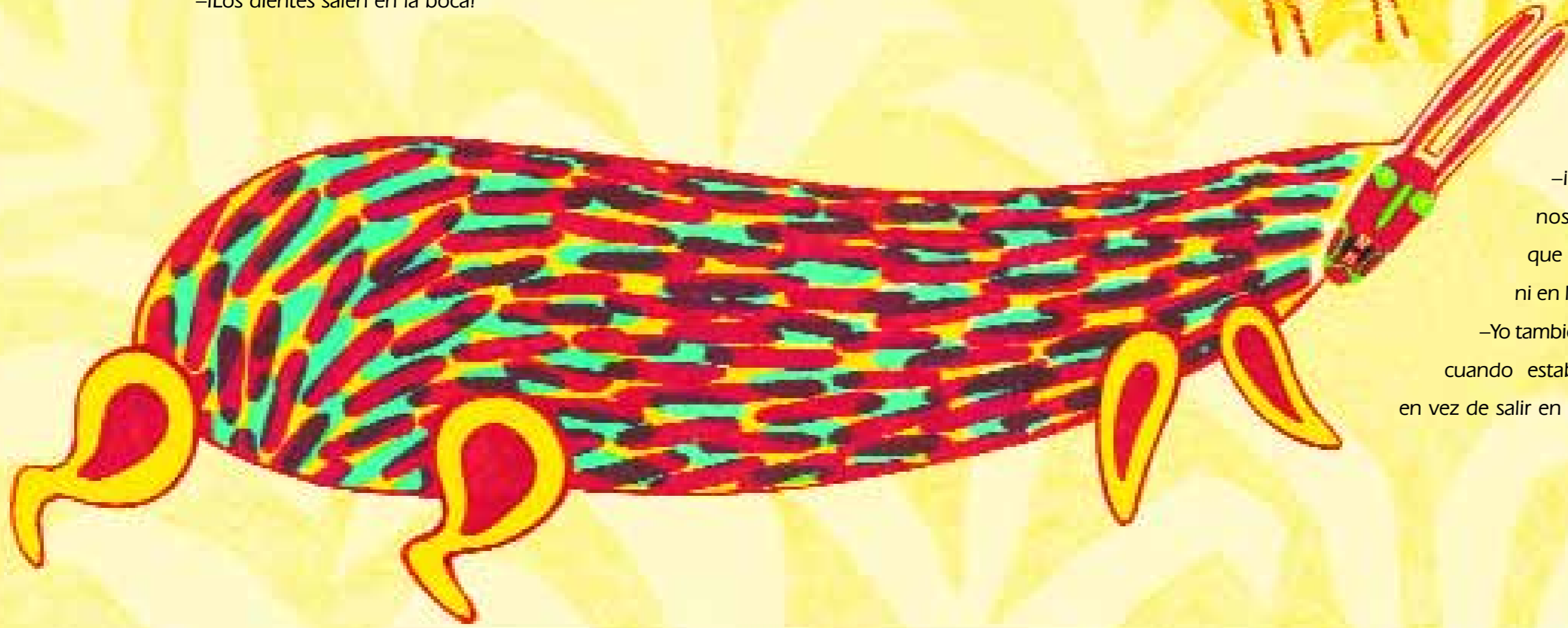


La liebre buscó a los animales en las copas de los árboles y en las orillas de los ríos.  
Los encontró a todos reunidos en la sabana: estaban jugando, después de haber comido.  
Ella, muy astuta, se puso a silbar y a bailar como si estuviese borracha.  
Al llegar junto a ellos empezó a saludarlos de uno en uno:  
–Hola, elefante; hola, cocodrilo; hola, chimpancé; hola, hipopótamo; hola, jabalí...





Al cabo de un rato, la liebre notó que los animales ya empezaban a aburrirse por tantos saludos, así que se encaramó en un tronco caído y gritó:  
–¡Los dientes salen en la boca!



Extrañados ante esta declaración, los animales le contestaron:  
–¡Vaya tontería! Llegaste aquí silbando y bailando como un borracho, nos saludaste durante más de una hora, y ahora dices algo que todo el mundo sabe. Ya sabemos que los dientes no pueden salir ni en la mano, ni en el pie, ni mucho menos en la oreja. ¿A qué viene esto?  
–Yo también sabía que los dientes salen en la boca –contestó la liebre–. Pero ayer, cuando estaba de paseo en la zona del río, encontré unos dientes que, en vez de salir en la boca, salían de la tierra, como si fueran champiñones o cebollas.

Indignados ante esta falsedad, los animales le advirtieron:

–¡Ah! Seguro que es otra de tus mentiras. Ya nos tienes hartos con tus fantasías.


La única forma de saber si dices la verdad es ir a ese lugar. Y si nos has mentido, te daremos una buena paliza.



La liebre aprovechó esta circunstancia para llevarlos al escondite del león.

Una vez allí, les dijo:

–Los dientes de los que os hablé, ahí mismo los tenéis.



En efecto, allí estaba la boca del león, sobresaliendo ligeramente del suelo, repleta de colmillos blancos y robustos. Algunos animales no daban crédito a lo que veían, y empezaron a golpear los colmillos para comprobar si eran auténticos.

Los hubo que metieron sus manos en la boca del león, y la jirafa llegó a introducir la cabeza en aquella negrura.

La liebre aprovechó el momento para ofrecerles otro tipo de diversión:  
–Amigos, esta es la prueba de que yo nunca miento y de que siempre digo la verdad. ¿Veis que los dientes pueden salir del suelo como champiñones? Pues si queréis otra sorpresa, solo tenéis que cerrar los ojos y, cuando yo cuente hasta tres, gritaremos todos juntos:

**¡KANDINGA!**

Los animales se quedaron quietos, cerraron los ojos y la liebre contó:  
–¡Uno... dos... y... tres! –y todos gritaron:

**¡KANDINGA!**







El león, al oír su nombre, recuperó su fiereza de antaño;  
salió de su escondite y de un solo zarpazo atrapó dos animales.  
Y llegó la hora de comer. El león se olvidó de sus promesas y decidió  
no compartir la carne con la liebre. Tras dos horas de festín, y sin haber probado bocado,  
ella se despidió, prometiéndole irónicamente una recompensa por haberle «perdonado» la vida.

La liebre, como estaba muy cansada, se sentó en un tronco y allí descubrió una colmena llena de dulce miel. Ella sabía que a Kandinga le pertenecía todo lo bueno de la selva. Pero también sabía que a la Serpiente Negra le gustaba la miel y Nandú era la serpiente más venenosa jamás conocida.





Nandú es una de las serpientes más temidas de la selva africana. Su longitud nunca alcanza un metro, pero su veneno produce la muerte en pocos minutos, si no se trata con un antídoto. Su carácter es muy agresivo, y a veces se atreve incluso a atacar a enemigos tan grandes como los elefantes.

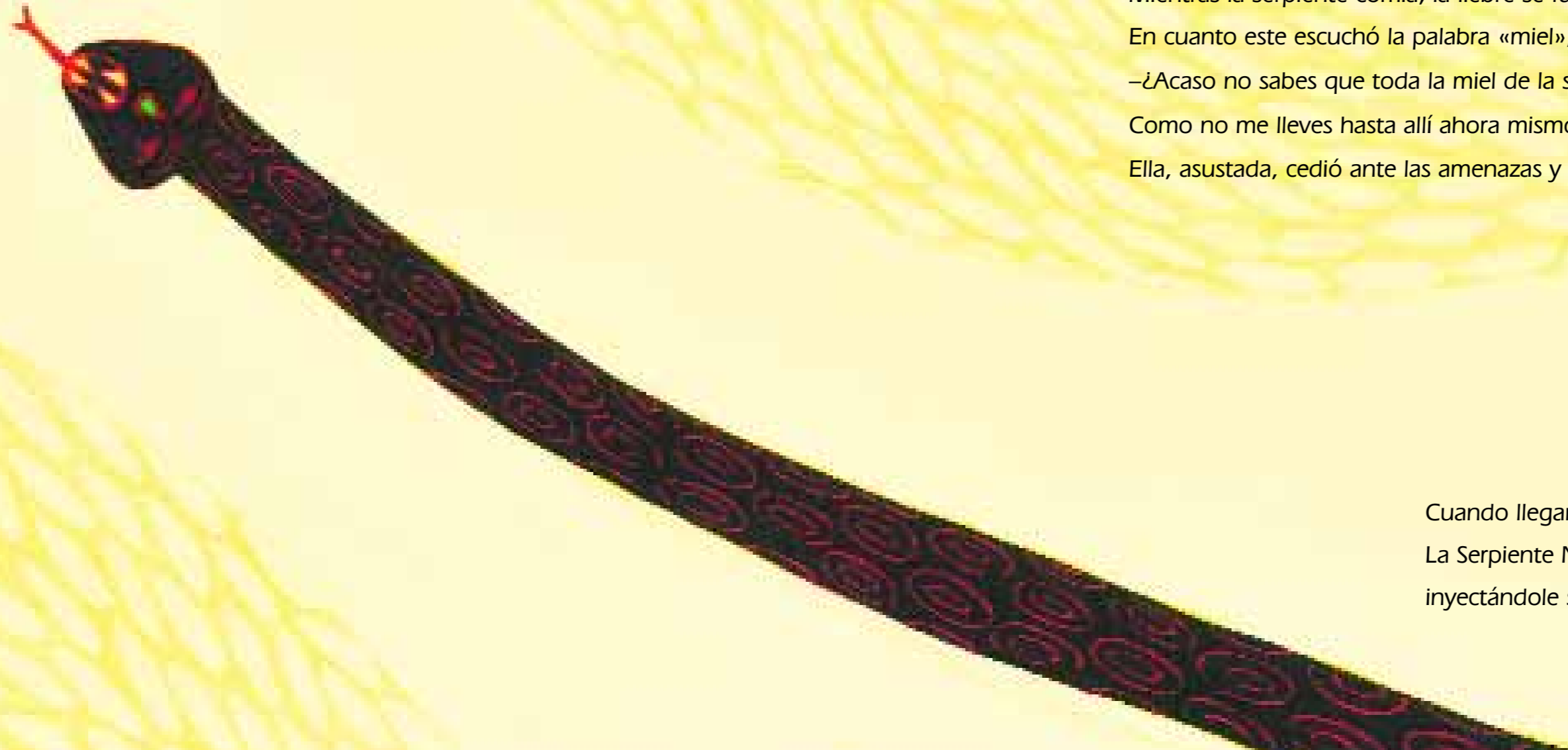


La liebre se fue en busca de la Serpiente Negra y la encontró escondida en unos matorrales y, de lejos, por si acaso, le susurró:

–¡Hola, Nandú! Te buscaba para darte una agradable noticia. He descubierto una colmena repleta de dulce miel.


¿Querrás venir conmigo a probarla?  
La serpiente aceptó y juntas se dirigieron al lugar donde se encontraba la colmena. Nandú se deslizó en ella y empezó a disfrutar del delicioso manjar.





Mientras la serpiente comía, la liebre se fue a avisar a Kandinga.  
En cuanto este escuchó la palabra «miel», montó en cólera y la amenazó:  
–¿Acaso no sabes que toda la miel de la selva me pertenece?  
Como no me lleves hasta allí ahora mismo, tú serás mi próxima comida.  
Ella, asustada, cedió ante las amenazas y guio al león hasta la colmena.

Cuando llegaron, Kandinga saltó e introdujo su mano en ella.  
La Serpiente Negra, al ver aquella mano intrusa, le picó,  
inyectándole su letal veneno.



Kandinga cayó al suelo sin fuerzas, y la liebre aprovechó el momento para echarle en cara su conducta:

–¿Recuerdas que me prometiste la mitad de la carne?

Te ayudé a cazar los animales, pero no cumpliste tu promesa.

El león no pudo contestar. Murió víctima del veneno letal de la Serpiente Negra; aunque, en realidad, murió víctima de su avaricia y de su egoísmo.

Por eso en África siempre se dice:

**«Si tienes mucho, es bueno compartir  
con los que no tienen nada;  
si no lo haces, te arriesgas a tener  
el mismo final que el león Kandinga».**

BONIFACE OFOGO NKAMA nació en la pequeña aldea de Omassa, en el centro de Camerún, donde de pequeño escuchaba cuentos de boca de sus hermanos mayores, padres y tíos. En 1988 llegó a España para cursar estudios de Filología Hispánica y, desde 1994, se dedica a compartir con los niños y niñas del mundo los cuentos que a él le contaron de pequeño.

Esta historia de Kandinga forma parte de la rica e inagotable tradición oral de los Bantú, que pueblan las selvas y sabanas africanas desde el centro de Camerún hasta Sudáfrica. La mayoría de estas historias son fábulas que recrean la estrecha relación del ser humano con la fauna, compuesta de todo tipo de bestias salvajes.

El país donde nació Boniface Ofogo tiene una superficie equivalente a la de España, pero cuenta con una población de 15 millones de habitantes. Estos se dedican mayoritariamente a la agricultura y la ganadería. Camerún tiene un inmenso caudal de riquezas naturales, como el petróleo, el oro y la madera tropical. Es uno de los grandes productores mundiales de cacao, café y plátanos. En las últimas dos décadas, Camerún es conocido en el mundo entero por sus talentos futbolísticos. Pero el fútbol en Camerún, como en muchos países, es el árbol que oculta el bosque.

ELISA ARGUILÉ vive en un pequeño pueblo a mitad de camino entre Zaragoza y Huesca. Un día Boniface hizo ese camino y paró allí a descansar. Aparcó sin dificultad. Entró en casa de Elisa y, mirándola fijamente a los ojos, le contó un cuento. El cuento de Kandinga.

–Yo nunca he visto un león –dijo ella, y Boniface le describió con pelos y señales cómo son los animales de la sabana.

Elisa Arguilé lleva diez años ilustrando libros. Cuenta las historias que otros han contado pero lo hace con su voz, una voz distinta para cada cuento, y en otro lenguaje, un lenguaje que se entiende en cualquier parte del mundo.

